

DEMASIADO TARDE (El anarcosindicalismo en la transición española)

Antonio Rivera
UPV-EHU

En contraste con la abundante literatura que ha propiciado el anarcosindicalismo español hasta el final de la guerra civil, el transcurrir de ese movimiento durante la etapa de la transición a la democracia está aún por desarrollar en sus episodios y detalles¹. Ello obliga a que estas páginas adopten la forma de ensayo más que de trabajo empírico, de valoración particular del por qué el anarcosindicalismo no reeditó en los años setenta y ochenta la posición preponderante que tuvo en otras épocas en el movimiento obrero español. Al mismo tiempo, trata en lo posible de escapar a esa visión interiorista que, común a los pocos autores que se han atrevido con el tema y coincidentes todos ellos en un

¹ RAMÓN ÁLVAREZ, *Historia negra de una crisis libertaria*. México 1982; LUIS EDO MARTÍN, «20 años de un proyecto anarco-sindicalista». *La hora de mañana*, n.º 3, enero-marzo 1997, págs.11-25 (publicado después en *Libre Pensamiento*, n.º 24, 1997, págs. 31-44). El trabajo más exhaustivo sigue siendo el de JUAN GÓMEZ CASAS, *Relanzamiento de la CNT, 1975-1979 (con un epílogo hasta la primavera de 1984)*, Madrid 1984, pero el análisis más serio de la CNT durante la transición es el de la socióloga MARGARET TORRES RAYAN, a quien se debe la tesis inédita *El anarquismo viejo y nuevo: la reconstrucción de la Confederación Nacional del Trabajo, 1976-1979*. De esta autora conocemos su artículo «El anarquismo viejo y nuevo: la reconstrucción de la CNT, 1976-1979», en *La oposición libertaria al régimen de Franco, 1936-1975. Memorias de las III Jornadas Internacionales de Debate Libertario* (Madrid 1993, págs.653-674). En ese mismo volumen encontramos uno de los pocos trabajos regionales sobre la reorganización de la CNT: el de JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ y JULIO GUIJARRO, «La CNT en Andalucía: Reorganización y conflicto (Sevilla 1970-1979). Una aproximación social» (págs.675-757). En todo caso, en 1979 se publicó un monográfico de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* con el título de «CNT, ser o no ser. La crisis de 1976-1979». Sin ninguna duda, y a pesar de estar escrito y publicado en el momento de los hechos y sin posibilidades de perspectiva temporal, la profundidad, equilibrio, visión de futuro, nivel crítico y exhaustividad del análisis por parte de sus autores (Freddy Gómez, Felipe Orero, ...) es sorprendente.

relato dentro de esa tradición ya iniciada por Anselmo Lorenzo, tiene más que ver con la biografía personal y con la pasión militante que con la historia como tal. Lo exterior a la CNT, lo que ocurría en la sociedad, o mejor, la relación de todo esto con la organización, se considera en las líneas que siguen como el factor más relevante para explicar lo ocurrido, de manera que la capacidad o incapacidad de la CNT para responder a sus retos y mutaciones dará la clave principal para iluminar lo acontecido en ese tiempo.

La historia de la CNT durante la transición puede resumirse en la incapacidad de esa organización para adaptarse interna y externamente a los cambios habidos en la realidad española. Una realidad marcada por la profunda transformación operada a partir de los años sesenta, en el tiempo del desarrollismo, que contribuyó a la conformación de una sociedad que poco o nada tenía que ver con el referente anterior de la Segunda República.

Comenzando por el propio Estado construido por el franquismo, a pesar de su relativo aislamiento internacional, éste acabó respondiendo a las exigencias de su tiempo, de manera que también desarrolló un importante sector público y modificó sustancialmente la estructura del gasto, incrementando en gran manera la red de servicios sociales (seguridad social, educación, sanidad, infraestructuras, ...; en otro nivel, control social). No sólo eso, sino que también fue capaz de desarrollar un gran aparato administrativo que incluía mecanismos de articulación e integración de los conflictos sociales que, aunque imperfecto por tratarse de un sistema autoritario poco legitimado, terminó por establecer a ese Estado como otro agente protagonista de la acción colectiva. En definitiva, que los aparatos estatales a los que el anarquismo y el anarcosindicalismo español se habían enfrentado durante la Restauración y durante la República, no tenían ya nada que ver con el del final del franquismo.

La misma clase obrera que nutría la CNT presentaba una composición harto diferente si se comparan esas dos épocas: en los años treinta, jornaleros agrarios, convertidos muchos de ellos en trabajadores no cualificados tras su llegada a las ciudades, implicados en un sindicalismo que se subordinaba a las necesidades de la revolución social; trabajadores cualificados, los de los sesenta y setenta, de la industria y de los servicios, integrados efectivamente en el sistema capitalista, que concebían ya la intervención sindical como un procedimiento para el logro de mejores condiciones de trabajo.²

² SANTOS JULIÁ, *Sociedad y política*, en MANUEL TUÑÓN DE LARA y otros, *Transición y democracia (1973-1985)*, Madrid 1991, págs.27-49; JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO, *Movimientos*

Una tercera cuestión, también importante: la represión postbélica desatada contra la CNT y contra otras organizaciones condujo a que desde mediados de los años cincuenta ese sindicato desapareciera prácticamente en el interior de España, limitando su presencia al referente constante del exilio. Ello dio lugar a dos situaciones inéditas para la CNT: la nueva clase obrera surgida de la industrialización de los años sesenta se había organizado al margen de los sindicatos históricos —y más en concreto, en torno a organizaciones cristianas y, sobre todo, a las Comisiones Obreras, pronto controladas por el Partido Comunista y por sus derivaciones disidentes—, de manera que al comienzo de la transición el componente ideológico que primaba en la izquierda era sobre todo una determinada interpretación del marxismo; en segundo lugar, el tradicional obrerismo anarquista español se veía sustituido en esos años por un componente libertario nutrido más de concepciones culturalistas y vivenciales —contraculturales— que sindicalistas.

Toda esa extraordinaria transformación de las condiciones externas e internas debiera haber conducido a la CNT a una temprana redefinición de sus estrategias. Tal cosa no ocurrió, y el voluntarismo y el entusiasmo de los primeros instantes se esgrimió como único recurso, dejando para más adelante el momento de afrontar una adecuación a la nueva realidad, toda vez que la misma se imponía con tal fortaleza que no era posible cambiarla con las solas fuerzas de los cenetistas. La toma en consideración de la cruda realidad iría llegando de la mano de las sucesivas crisis y rupturas en el seno de la CNT, siendo la más importante la que se daría en su primer congreso después de la guerra³. La historia de la CNT entre los primeros meses de 1976, en que se reorga-

sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad post-franquista, Documento de trabajo. Instituto Universitario Ortega y Gasset, (s.f.), (s.l.: pero Madrid), (s.p.).

³ La CNT había celebrado cuatro congresos más el fundacional. Los días 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre de 1910. 114 sociedades obreras (de ellas, solo 35 de fuera de Cataluña y ajenas a la entidad Solidaridad Obrera), decidieron crear la Confederación General del Trabajo Española, que acabó llamándose Confederación Nacional del Trabajo. Al año siguiente, en setiembre, se celebró el primer congreso de esa organización. En 1918, en Sants, su regional más potente, la catalana, se reunió en un importante comicio que, sin embargo, por su carácter, no se contabiliza como general a la CNT. El segundo congreso es el del Teatro de la Comedia de Madrid, en 1919. El tercero —el del Conservatorio— se celebró también en Madrid, entre el 11 y el 16 de junio de 1931. El cuarto es el extraordinario de Zaragoza, en 1936, en vísperas de la guerra. El quinto congreso, celebrado en la Casa de Campo de Madrid, tuvo lugar en diciembre de 1979. La mayoría de estos comicios tienen publicadas sus actas o resúmenes, aunque se puede encontrar una síntesis de los mismos en el trabajo de MIGUEL GONZÁLEZ URIEN y FIDEL REVILLA GONZÁLEZ, *La CNT a través de sus Congresos*, México 1981.

niza formalmente⁴, hasta diciembre de 1979, en que celebra su V.º Congreso, el de la Casa de Campo madrileña, encierra el ser o no ser de esa organización, la oportunidad de una recuperación que por momentos apareció como milagrosa, y la crisis profunda en que cayó el sindicato al no valorar suficiente y oportunamente los imperativos de la nueva realidad, al llegar a ella *demasiado tarde*.

La herencia del exilio

Si el régimen franquista había estado situado a un lado del discurrir de la política internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial, algo similar le había pasado a su oposición. Durante la postguerra acabaron definiéndose las líneas básicas de la izquierda europea, dibujándose dos espacios perfectamente identificables: una socialdemocracia que colaboraba directamente a la construcción del llamado Estado del bienestar —con protagonismo claro de los laboristas británicos y de los socialdemócratas alemanes y escandinavos—, y un movimiento comunista sometido hasta mediados de los cincuenta a las exigencias de un mundo bipolar y de la «guerra fría». El anarcosindicalismo español, que ya para la primera postguerra de 1918 había quedado casi como excepción europea, reafirmaba objetivamente su carácter de singularidad⁵.

Estos cambios tardaron en manifestarse en las fuerzas políticas españolas. Quien primero y más efectivamente se vinculó a los «aires europeos» fue el Partido Comunista, que para finales de los cincuenta ya reciclaba su discurso mediante la doctrina de la «reconciliación nacional», superadora de la guerra y marco estratégico de acumulación de fuerzas antifranquistas, y después, ya en los setenta, gracias a su incorporación al proyecto eurocomunista junto con italianos y franceses.

⁴ Aunque desde los primeros años setenta ya se advertía la presencia de una constelación de grupos que se reclamaban de un autonomismo obrero muy cercano al anarcosindicalismo tradicional, y que hasta se disputaba las siglas CNT (GOA (Grupos Obreros Autónomos), Solidaridad, MCL (Movimiento Comunista Libertario), MOA (Movimiento Obrero Autogestionario), OLT, CGA, FSR (Federación Sindicalista Revolucionaria), Federación Anarquista de Estudiantes, grupos de afinidad de barrios ...), hasta los días 8 y 29 de febrero de 1976, cuando se celebran sendas asambleas en Madrid y en el barcelonés barrio de Sants, respectivamente, no se puede fechar la reorganización formal de la CNT. En ocasiones se ha señalado cómo fueron los asturianos los primeros en proceder a esa reorganización (GÓMEZ CASAS, *Op. Cit.* pág. 7).

⁵ Sobre la evolución histórica del sindicalismo revolucionario y del anarcosindicalismo hay un buen artículo de MARCEL VAN DER LINDEN y WAYNE THORPE, «Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario», *Historia Social*, n.º 12, 1992, págs. 3-29.

Con los socialistas ocurrió otro tanto, aunque el cambio no se produjo hasta el «golpe de timón» de Suresnes, en 1974, cuando un líder del interior, Felipe González, sustituía al del exilio, Rodolfo Llopis, recibía el respaldo de la socialdemocracia europea y reformulaba las líneas estratégicas básicas del partido. La organización sindical, la UGT, con Nicolás Redondo al frente, desarrollaría una trayectoria similar.

En el caso de la CNT semejante proceso no se llevó a cabo antes de la muerte del dictador. El testigo del anarcosindicalismo y del anarquismo seguía en manos de un exilio dividido entre ortodoxos (Secretariado Intercontinental) y colaboracionistas con otras fuerzas históricas republicanas y de la izquierda (Frente Libertario). La pugna entre el interior y el exterior, común a todas las corrientes antifranquistas republicanas, se cobró sucesivas víctimas entre los libertarios españoles que actuaban en la península: desde el abandono que sufrieron los últimos guerrilleros urbanos a la prematura descalificación de los llamados «cincopuntistas»⁶, sin perder de vista que ya en los setenta los diversos grupos que se reclamaban de la tradición cenetista debieron esperar a recibir las bendiciones y el sello de parte de la organización en el exilio. La disonancia en la percepción de la auténtica realidad española que se manifestaba entre quienes actuaban dentro y fuera del país —que tan bien reflejara Semprún en su *Autobiografía de Federico Sánchez*— constituyó también en el caso de los anarquistas una cuestión de primer orden.

El exilio cenetista, entonces, llegó a 1975 pleno de facultades, sin ser cuestionado más allá de quienes por vincularse a los sectores minoritarios del mismo denunciaban la presencia omnímoda del grupo de Toulouse, encarnado simbólicamente en la histórica dirigente Federica Montseny. Su poder se manifestó a lo largo de los años de la transición, a tal punto que el fantasma del llamado «exilio-FAI» pronto sería identificado por los renovadores como la dificultad máxima para proceder a los cambios que necesitaba la organización. Incluso más, la rendición de cuentas del llamado Secretariado Intercontinental apareció en los

⁶ El «cincopuntismo» es una cuestión que se suscitó en 1965 cuando algunos cenetistas (entre ellos, Enrique Marco Nadal, Eduardo de Guzmán, Lorenzo Iñigo, Gregorio Gallego o Luis Orobón Fernández) fueron contactados por funcionarios de la CNS (del Sindicato Vertical franquista), especulando con la posibilidad de una integración en el sindicato oficial que propiciara un futuro desarrollo de la CNT. El intento fue rechazado de plano por el exilio confederal —o al menos por su versión oficialista— y ni siquiera encontró más aliento entre los verticalistas contactados. El proyecto de acuerdo —de 4 de noviembre de 1965— contemplaba cinco puntos (de ahí el apelativo de «cincopuntistas»): sindicalismo unitario; independencia de partidos (sic) y del gobierno; participación en la política de desarrollo económico; derecho de huelga; y cooperativismo.

momentos previos al V.º Congreso de la Casa de Campo como la ocasión para revisar críticamente la actuación de quienes habían gestionado oficialmente el nombre de la CNT durante esas cuatro largas décadas, y la oportunidad para debilitar su poder ya que se sospechaba que no iban a ser capaces de dar todas las explicaciones debidas⁷. Algunos sectores críticos dentro de la organización llegaron incluso a sostener la tesis de que los frustrantes resultados⁸ de ese congreso se debían en buena medida a la nula voluntad del exilio por dar cuenta de sus muchas actuaciones en ese tiempo.

Pero más allá de las cuestiones internas, lo cierto es que la renovación no se produjo en la CNT ni a los efectos de una transmisión de poderes entre el exilio y el interior, ni —y esto es lo sustancial— a los de una revisión de las estrategias a aplicar en la realidad española de los setenta. La doctrina oficial de la CNT siguió mirando más hacia el pasado que hacia el futuro, y la continuidad real del poder del exilio así lo hacía ver⁹.

La historia como herencia

La otra herencia recibida era la de la historia. Esta es una cuestión delicada en una organización como la CNT que tiene entre sus mayores haberes el poder presentar una trayectoria tan larga como agitada, he-

⁷ En las semanas previas al Congreso se distribuyó un folleto titulado *Sucinto informe del Secretariado Intercontinental de la CNT de España en el Exterior* (suplemento al n.º 882 del periódico *Espoir*) donde constaba la información básica que ese sector trasladaba al comicio. Su contenido fue interpretado como insuficiente en cuanto a rendición de cuentas económicas y consideración de los procesos de ruptura dentro del exilio. Una muestra de esa crítica en RAMÓN ÁLVAREZ, *Historia negra ...*, págs. 379-380.

⁸ Sin ir más lejos, y como se explicará en otra parte del texto, del Congreso salió la primera escisión confederal después del franquismo, el larguísimo orden del día no pudo ser abordado en extensión ni en intensidad y los acuerdos, como luego demostraría la realidad, fueron poco operativos.

⁹ La formal era otra distinta. El Pleno de Regionales de abril de 1979 decidió «solicitar la disolución» de la organización del exilio al haber «desaparecido las condiciones que justificaron» su razón de ser. Contradictoriamente, a partir de ese momento se reforzó la presencia de esa entidad en el interior de España, por medio de una estrategia de control e influencia sobre los comités. En su extremo, y en vísperas del V.º Congreso, el exilio se empeñó en inflar la nómina de sindicatos existentes, que por un procedimiento de voto poco proporcional podía asegurar un control del desarrollo del futuro comicio. De esa manera, al Congreso acudieron oficialmente 363 sindicatos con 31.257 afiliados, lo que da una ratio de 86 afiliados por sindicato, en un momento en el que, a pesar de las crisis y del naciente desencanto, la afiliación sindical era todavía relativamente alta en España.

roica y central en la conformación del movimiento obrero español. Resultará una ironía, pero en el momento más penoso de su crisis lo único que se le reconocía a una escuálida CNT era su historia, y con ella sus archivos y su patrimonio.

La ventaja de poder contar con una bonita historia que enseñar acabó por convertirse en un extraordinario handicap para su desarrollo. Los setenta fueron años de recuperación historicista por parte de toda la izquierda española. Todas las fuerzas políticas, sin excepción, trataron de dotarse de unas historias oficiales que avalaran y reforzaran su presencia en ese instante, a la vez que maquillaran convenientemente sus respectivos pasados conforme a las exigencias del presente. Así, los comunistas se deshacían de sus incómodos líderes estalinistas de los años treinta y se centraban en su contribución a la defensa de la República o, sobre todo, en su papel protagonista durante el antifranquismo. Los trotskistas resucitaban a Andreu Nin y al POUM, y los presentaban como antecedente de su disidencia con el comunismo oficial. Por su parte, los anarquistas editaron y reeditaron todo tipo de literaturas, las más de las veces ensalzadoras de personajes y justificadoras de políticas anteriores, sin que la crítica del pasado se constituyera suficientemente en eje de las mismas, sin despojarse del carácter historicista que las alimentaba, sin dejar bien sentado que el pasado había pasado, y sin reparar en que junto a la historia mítica y heroica de la CNT estaba otra más pedestre, pragmática y real aunque menos aparente, que informaba la práctica cotidiana de los libertarios en los primeros treinta años del siglo¹⁰.

La consecuencia de una lectura deformada de la realidad pasada pronto se haría ver en la definición de las estrategias para el presente y para el futuro. La imagen que se formó en los años setenta de la CNT era la de una organización todopoderosa: que permitía a los gobiernos gestionar al margen de ella, pero no en su contra; que «resurgía de sus cenizas cual ave fénix»; que se imponía a las conspiraciones antipopulares fraguadas entre todo tipo —porque todos eran lo mismo— de políticos corruptos. La historia de la CNT se resumía en determinados cortes históricos. Parecía arrancar de la huelga de La Canadiense, imponiendo las 8 horas de jornada, seguía con el tributo de sangre en los años del pistolero barcelonés, resurgía esplendorosa en el primer

¹⁰ La primera parte del último trabajo de JULIAN CASANOVA (*De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona 1997), relata con un realismo y base empírica superiores a los acostumbrados lo que era la realidad de la CNT en los años republicanos.

bienio republicano y entonaba el canto del cisne durante el año de revolución que terminaba en mayo de 1937. Entre medio se perdía de vista que, frente a la de la UGT, la de la CNT era una historia de picos, sin grandes continuidades y permanencias¹¹. Al mismo tiempo se olvidaba que también la CNT tenía una historia marcada por la dificultad para desarrollarse entre 1910 y 1918, por la crisis interna que le produjo la radicalización y violencia de los años 1920-1923, por el mutismo casi total durante la dictadura de Primo de Rivera, por la profundísima crisis vivida a partir de 1933 tras el fracaso de las intenciones revolucionarias instigadas por los sectores faístas, o por el desbarajuste de los dos últimos años de guerra civil. ¡Por no citar las lógicas miserias humanas de cuarenta años de exilio o el olvido voluntario a que se condenó a quienes trataron de sostener la organización en el interior en los durísimos tiempos de la postguerra!

Con semejante bagaje, la CNT se enfrentó a la nueva realidad del sindicalismo de esos años. Un sindicalismo marcado en cuanto a sus reglas de juego por las continuidades del franquismo y por las innovaciones del momento de la reforma política. Dos cuestiones centrales en la intervención sindical sirven para ilustrar cuanto se dice: los convenios colectivos y las elecciones sindicales. Los convenios colectivos eran, efectivamente, un producto histórico del franquismo¹², que los instituyó por ley en 1958. Sin embargo, semejante regulación de las relaciones laborales no era muy diferente de la que regía en el resto de países europeos democráticos. Algo similar podría decirse de las elecciones sindicales. Si bien el franquismo las había establecido en el seno de su sindicato vertical, desnaturalizando su carácter de representación de los trabajadores, aunque abriendo un portillo por el que se coló desde octubre de 1966 el nuevo sindicalismo español (CC.OO. y sectores católicos), las que se definieron en el período de la reforma con la Ley Orgánica de Libertad Sindical (28 de abril de 1977) tampoco eran muy diferentes del modelo de representación vigente en los estados del entorno.

La CNT respondió a esos dos retos de manera negativa y ambigua, debido en gran medida a la mimetización que hizo de las estrategias del

¹¹ ÁLVAREZ JUNCO (*Op. cit.*, nota 16) habla de «breves explosiones (1917-1920, 1931-1937), con gran discontinuidad cronológica y geográfica». A este hecho contribuyeron el propio carácter revolucionario de la CNT, poco acomodaticio, a diferencia de la UGT, a las imposiciones de gobiernos autoritarios y dictaduras, y la función instrumental que en el anarquismo tiene la organización.

¹² MIKEL AIZPURU y ANTONIO RIVERA, *Manual de historia social del trabajo*, Madrid 1994, págs. 346-349.

pasado, derivándolas hacia el presente y el futuro. La cuestión de los convenios colectivos no suscitó en un primer momento demasiado debate. No en vano, suponían una constante reciente en la que habían participado consciente o inconscientemente no pocos cenetistas. Pero a partir de la primavera de 1979, y con un protagonismo claro por parte del Sindicato de construcción de Barcelona, firme baluarte de las tesis más ortodoxas, comenzó la discusión al respecto, animada por parte del referido ente con la convocatoria de una reunión monográfica de los sindicatos catalanes. Desde ese momento comenzaron a circular por toda la organización fotocopias de bases de trabajo firmadas durante la República entre la CNT y la correspondiente patronal del sector. Es obvio decir que las mismas recogían, para la época, «acuerdos de Jauja» en cuanto a horario y condiciones laborales. Lo que no se apuntaba es que en su mayoría pertenecían a instantes de extraordinaria pujanza sindical —la primavera de 1936—, con una patronal en retroceso o implorante de la futura intervención militar. Aunque aún faltaría por comprobar cómo se aplicaron en la práctica, lo importante es que no eran representativas de la trayectoria general de la CNT y, sobre todo, que no se correspondían con el tiempo que vivía el sindicalismo occidental, cuando la constitucionalización de los sindicatos dotaba a éstos de un carácter de representatividad que transcendía el límite de sus afiliados, alcanzando al conjunto de los trabajadores de un sector afectado, y dando carácter de ley —y no solo de acuerdo entre partes— a los convenios firmados. Podríamos decir que bases de trabajo y convenios colectivos formaban parte de momentos históricos incomparables, en España y fuera de España, por mor de la implicación decidida del Estado en la regulación de las condiciones de trabajo, sobre todo en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El atractivo de esas bases de trabajo radicaba en que supuestamente el Estado no aparecía por ningún lado, y ello santificaba todos los supuestos de la acción directa¹³. Además, al afectar los acuerdos de

¹³ En esencia, las bases de trabajo no tenían menos cobertura legal y oficial que los convenios colectivos. Las negociaban las partes —desde los jurados mixtos que combatía la CNT de la República— y el representante ministerial —un delegado provincial de trabajo o similar— daba el visto bueno confiriéndoles el carácter de legalidad. Lo que ocurre es que las autoridades republicanas, en muchas ocasiones y a la vista de la tensión que enfrentaba a CNT y UGT respecto de la legalidad laboral, permitieron de facto una vía menos formalizada y más autónoma donde pudieran jugar los agentes obreros y patronales que se movían fuera del marco fundamental que constituían aquellos jurados mixtos. A ese tipo de «bases de trabajo» se podrían referir —inconscientemente y con menos rigor histórico por su parte— quienes las esgrimían como argumento más de cuarenta años después.

esas bases sólo a los afiliados o adheridos expresamente —algo similar a lo que ahora denominamos «pactos de eficacia limitada»—, se cuestionaba con el ejemplo histórico la estructura de representación indirecta, unitaria y omnicompreensiva proveniente de las elecciones sindicales.

Si acaso esta última hubiera sido la estrategia declarada, aunque difícil de llevar a efecto, hubiera sido algo a valorar. El problema es que no era así. La defensa de unas pretéritas bases de trabajo frente a los presentes convenios colectivos se hacía al calor de la historia y con el objetivo puesto en influir dentro de la CNT, tanto en la definición de principios y estrategias como en el de establecer una presión o un control sobre la misma, configurando un tipo concreto de organización y de asociados. Prueba de ello es que en el posterior V.º Congreso —el de la Casa de Campo— el tema de los convenios fue aceptado sin grandes dificultades, por mucho que se estableciera la inevitable coletilla de que la CNT iba a dotar a los mismos de un carácter propio, impidiendo la injerencia del Estado en las negociaciones.

El problema es que mientras se mantuvo la inercia de un alegre rechazo a la negociación de convenios, otros venían a hacerlo en lugar de la CNT, y los trabajadores afiliados a esa organización cada vez entendían menos por qué sus condiciones de trabajo las tenía que negociar un sindicato que no fuera el suyo. Similar situación ya se producía al rechazar la CNT su participación en elecciones sindicales. Allí donde no se impedía que un comité se constituyese, al ser legalmente el único facultado para la negociación, los afiliados a la CNT se veían de nuevo desprovistos de representación. El fuerte contenido ideológico de la afiliación cenetista iría reblandeciéndose con el tiempo, y a las crisis internas¹⁴ se sumaban las defecciones de trabajadores que no entendían

¹⁴ Antes hemos apuntado cómo el V.º Congreso acabaría en una escisión. Pero las crisis en la CNT se suceden desde 1976, al punto que pueden interpretarse —y así se ha hecho muchas veces— con gran coherencia desde el comienzo de la reorganización hasta ese comicio de diciembre de 1979. La más sonada fue la que estalló en Barcelona, en mayo de 1979, con el tema de los Grupos de Afinidad Anarcosindicalista, la mal llamada «paralela». Otras fueron las de las reacciones internas al asunto del incendio del Scala, las presiones contra la redacción «profesional» de *Solidaridad Obrera* que dirigía Ramón Barnils o la sucesión de crisis locales que se vivieron en sitios como Valencia o Madrid. En las referencias ya citadas de GÓMEZ CASAS o de TORRES RAYAN se siguen estos episodios. En el monográfico de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* («CNT: ser o no ser») encontramos testimonios de militantes de base que explican la otra cara —la más personal y humana, la menos «política»— de esas crisis, así como un informe sobre aquella *Soli* de Barnils. A destacar también el análisis que de la sucesión de crisis en la CNT hace FELIPE ORERO en ese volumen: «¿Reconstrucción o liquidación?: La lucha por el “poder orgánico”».

para qué servía un sindicato que no les proporcionaba lo esencial: constituir un instrumento práctico de defensa de sus intereses.

Con las elecciones sindicales se llegó más lejos, ya que esta cuestión acabó por suponer al final el elemento definidor del grupo más ortodoxo —el que finalmente se quedaría con las siglas en la disputa posterior por éstas—, así como el factor principal que justificaría la escisión inmediata al V.º Congreso de la CNT. Sin embargo, internamente el tema no suscitaba controversias en el terreno del análisis, y era general la oposición al modelo que creaban los comités de empresa, reproductores de algún modo del parlamentarismo político¹⁵, desactivadores del potencial crítico y luchador de parte de la clase obrera de ese momento, embrión de futuros burocratismos sindicales y de tendencias acomodaticias, de peleas entre estructuras al margen de los trabajadores, y base de un poder sindical (delegados, recursos económicos, subvenciones y patrimonio, presencia en comisiones de carácter socio-económico, ...) enfrentado muchas veces a las demandas obreras¹⁶.

Las diferencias comenzaron a manifestarse en el terreno estratégico a medida en que la CNT no era capaz de imponer su fórmula alternativa de secciones sindicales frente a un modelo de comités de empresa que, en principio, favorecía la estrategia de CC.OO. y al que la UGT no estaba dispuesta a hacer demasiados ascos. La subordinación de los sindicatos y de los movimientos sociales a la dirección que llevaron los partidos durante la transición explicaría también las condiciones en que se asentó tal modelo. El control de los trabajadores quedaba mejor asegurado con él. Por otra parte, la llegada a la organización de colectivos procedentes de otros sindicatos —sobre todo de CC.OO. y de otros sindicatos comunistas— reforzó las posiciones de quienes comenzaban a apostar por una participación crítica, táctica, en los comités. De alguna manera, el sector más sindicalista comenzó a fracturarse entre los posibilistas y los partidarios de seguir insistiendo en el boicot a las elecciones sindicales. Los sectores no sindicalistas, es obvio, caían del lado del rechazo (aunque no siempre, porque al final los globalistas acabarían, por diversos motivos, haciendo causa común con los más pragmá-

¹⁵ Viene aquí al caso citar un reciente artículo de Pietro Adamo («Fundamentalismo anárchico», *Volontá*, n.º 1, 1996, págs. 173-191; la revista *Libre Pensamiento*, en su número 25 (1997), ha publicado una traducción de este texto), donde se reflexiona sobre la condición histórica y cambiante del núcleo duro o central de la ideología anarquista y sobre cómo el factor antipolítico o abstencionista ha ido apareciendo y desapareciendo del mismo a lo largo de los años.

¹⁶ Todavía en el presente, el sector anarcosindicalista que acabó por aceptar su presencia en los comités de empresa sigue manteniendo esa misma visión crítica.

ticos en el terreno sindical). A pesar de que se desarrollaron importantes campañas propagandísticas por la abstención y el boicot —consecuencia de acuerdos explícitos de Plenos de Regionales—, la situación de los cenetistas que se presentaban o continuaban en los comités quedó para su resolución en el Congreso de diciembre de 1979. En el mismo se ratificó el rechazo y la expulsión de quienes no aceptaran la medida. Pero de éste surgió además otra organización escindida que también se reclamaba de las siglas CNT.

Convenios y elecciones ilustran la lejanía y la tardanza con que la CNT abordó la realidad. En ocasiones se ha llegado a hablar de una coincidencia entre anarquismo y leninismo en el sentido de que uno y otro hacen abstracción en un momento de los condicionantes de la realidad y fían en la capacidad o en el voluntarismo de los revolucionarios para trastocar ésta. La CNT de la segunda mitad de los setenta reprodujo ese mismo esquema, fuertemente influida por una percepción de la historia y de sí misma absolutamente errónea. Su análisis estratégico tropezó con la mayor fortaleza de sus opositores —todos los partidarios de otra ordenación del mundo del trabajo, desde los sucesivos gobiernos a los partidos y al resto de sindicatos—. Empeñada en superar ese obstáculo, se imaginó la reencarnación de una supuesta y mítica CNT que todo lo podía, y se vio a sí misma en un mundo dividido en dos ámbitos irreconciliables: nosotros y ellos. Cuando afloró la crisis por la incapacidad para someter la estrategia a los dictados de la realidad, el refugio fue la descalificación de la clase a la que supuestamente se dirigía: «... los trabajadores están alienados, aburguesados». Como mucho, quedaba la esperanza de que un día reencontraran la verdad y regresaran en tropel a los locales confederales a pedir su admisión.

Lejanía y también tardanza, porque para cuando las sucesivas crisis y rupturas internas en la CNT permitieron a sectores de la organización incorporarse en condiciones, sin complejos, al escenario de la competencia sindical, otros sindicatos llevaban ya años de ventaja en experiencia, recursos, medios humanos, reconocimiento social y afiliación.

Obreros y pasotas

La CNT de los años setenta surgió a partir de una variopinta gama de personas, grupos y procedencias. A la memoria histórica existente de una CNT sindical, capaz de atraer a trabajadores a sus filas, se le sumaba la transformación operada tanto en la sociedad española y europea como en el propio anarquismo. En lo referido a esto último, la base

obrerista del espacio libertario tradicional estaba siendo sustituida por otra en la que eran mayoría los jóvenes, estudiantes y trabajadores de los servicios, relacionados con labores no manuales, y de un nivel salarial —o a veces, simplemente, reconocimiento social de su ocupación— superior al del «obrero de buzo». Esa mutación de bases se venía dando en diferentes países europeos¹⁷, y no era sino expresión del cambio social manifestado en la crisis de 1968, de Berkeley a Berlín, pasando por el mítico París. La «nueva izquierda» de los finales de los cincuenta salía a escena. Pero como oportunamente se ha recordado¹⁸, el 68 lo es de París tanto como de Praga. Mientras en determinados países se cuestionaban los valores y marcos de una sociedad burguesa y formalmente democrática, en otros tocaba enfrentarse al autoritarismo gubernamental, a la dictadura y a la falta de libertades, formales y de las otras. En España, en los años setenta, coincidieron a un tiempo todas estas situaciones: la socio-sindical, provocada por los efectos de la crisis del petróleo de 1973, por los intentos desde los partidos de la reforma por desactivar el potencial destabilizador de las demandas obreras, y por la propia inercia reivindicativa del momento; la política, propia de un instante de constitución del futuro en el que cabía imaginar y apostar por cualquier sociedad posible, incluida la revolucionaria; la socio-cultural, consecuencia de unos cambios en las demandas y en los movimientos sociales que llegaban a España con una docena de años de retraso.

El anarquismo había pasado de ser una de las expresiones de los «parias de la tierra», a serlo de los privilegiados insatisfechos, culpa-

¹⁷ En 1962, una encuesta hecha entre los lectores de la revista anarquista británica *Freedom*, destapó que sólo el quince por ciento de ellos pertenecía a los grupos tradicionales de obreros y campesinos: el resto eran trabajadores de «cuello blanco», y el grupo que más destacaba era el de los estudiantes y profesores (GEORGE WOODCOCK, *El anarquismo. Historia de las ideas y movimientos libertarios*, Barcelona 1979, pág. 473). ÁLVAREZ JUNCO señalaba para España —con alguna exageración— algo similar al referirse al cambio de base social que se manifestaba en la CNT de los años setenta: escasean las profesiones artesanales e industriales y abundan los anteriormente inexistentes sindicatos de enseñanza. Para este autor, «lo que ocurría en los ambientes anarquistas era un buen síntoma de la "modernización" del país» (*Movimientos sociales en España*, (s.p.)). Una información muy concreta que confirma cuanto aquí se señala la proporción del listado profesional de 393 de los casi 500 asistentes a la asamblea de Sants, en la parroquia de San Medir, el 29 de febrero de 1976, fecha de arranque, como ya hemos señalado en el texto, de la CNT catalana: Actividades diversas, 82; Artes Gráficas, 14; Banca, 15; Construcción, 14; Enseñanza 29; Espectáculos, 12; Metal, 16; Sanidad, 33; Textil, 11; Comarcas, 83; Grupos libertarios, 13; Estudiantes, 51 (LUIS EDO MARTÍN, «20 años de un proyecto anarco-sindicalista», pág. 16).

¹⁸ Por ejemplo, así lo hace GIUSEPPE MAMMARELLA en su *Historia de Europa contemporánea (1945-1990)* (Barcelona 1990, págs. 273 y ss.).

bles y persuadidos de la futilidad de la abundancia como meta¹⁹. En ese sentido, más que la filosofía libertaria, lo que había cambiado era la sociedad y, con ella, la procedencia socio-económica de los nuevos anarquistas. Pero la complicación auténtica radicaba en cómo encajar estos cambios, no dentro de una organización específica anarquista, lo que no debiera haber sido tan difícil, sino dentro de una organización sindical, plural, como era la CNT, diseñada en principio para satisfacer las demandas básicamente económicas de los trabajadores.

La extraordinaria heterogeneidad de procedencias y de intenciones que coincidieron en la CNT de mediados de los setenta dio lugar a diversas indefiniciones o contradicciones en la dimensión organizativa que, a la postre, acabaron resultando muy problemáticas. Podemos señalar por lo menos las siguientes: ¿quién era el «sujeto del sindicato»: el trabajador o el explotado social?; ¿cuál la práctica de representación de la CNT: la asamblearia y disolvente del consejismo o la consistente y definida del sindicalismo?; aparte de ser «algo más que un sindicato», ¿la CNT debía seguir siendo una organización sindical o constituirse como organización global? Por lo menos dos de esas tres interrogantes son marcadamente internistas, afectan sobre todo al interior de la organización. Lo que ocurre es que esas cuestiones y debates, en la tradición de la CNT, son fundamentales, y dependiendo de cómo se resolvieran contribuirían a la proyección o a la anulación externa del sindicato.

A la CNT de los setenta acudieron, en diferentes etapas, grupos ideológicamente muy diversos. Al principio coincidían todos en un difuso anarquismo, pero a medida que comenzaban las discusiones se advertían las diferencias²⁰, muchas veces producto simplemente de la confusión de ideas reinante. En otras ocasiones surgía la oposición de criterios entre la vieja y la nueva CNT, entre quienes habían tenido que ver con la actividad clandestina de la organización tradicional y los que demandaban partir de cero. En definitiva, una lucha intergeneracional, de intereses contradictorios, en una organización que echaba a andar sin contar con una franja de edad intermedia, la de los 35 a los 45 años;

¹⁹ GEORGE WOODCOCK, *El anarquismo*, pág. 473.

²⁰ Grupos como los GOA eran confesadamente consejistas. Otros, como Solidaridad, se identificaban con una práctica más sindicalista y similar a la de la CNT. En general, el concepto de autonomía obrera les era común a todos, así como su reivindicación de la CNT y su intención y/o necesidad de confluir en la misma. Posiblemente, más que formulaciones muy definidas, lo que había eran teorizaciones surgidas al calor de prácticas y experiencias diferentes. Sobre el tema, un interesante estudio es el de JACQUES JULLIARD, *Autonomie ouvrière: études sur le syndicalisme d'action directe*, Paris 1988.

precisamente, la que agrupaba al grueso de la clase obrera surgida durante el desarrollismo y la industrialización del país. La ausencia de esa generación se explica por la falta de conexión de la CNT con el proceso de formación de esa clase obrera. Un error de los años cincuenta y, sobre todo, sesenta, histórico y difícilmente reparable en el futuro. A su vez, la debilidad de esa franja de edad explica por qué resultó tan difícil dejar bien sentado que aquello era, sobre todo, un sindicato, por qué la discontinuidad volvió a ser la característica de la organización²¹, cuando ahora la normalidad política permitía otra cosa, o por qué prosperaron tanto y durante tanto tiempo los discursos antisindicales.

Puestos los primeros cimientos de la reorganización de la CNT por libertarios declarados, acudieron trabajadores que en muchas ocasiones procedían de sindicatos como Comisiones Obreras²² o de colectivos autónomos de fábricas. Al tiempo, comenzaron a afluir también ex-militantes de partidos marxistas —algunos de los cuales sufrirían aparatosas «conversiones» al anarquismo— y no pocos militantes en activo de partidos trotskistas, maoístas o estalinistas, con la intención de ocupar un espacio de influencia en la organización. De ese tiempo son también los «partidos anarquistas». En enero de 1977 la policía irrumpió en una reunión en Barcelona donde se pretendía reorganizar la Federación Anarquista Ibérica, la FAI²³. En el futuro llegaría a haber hasta tres facciones distintas que se reclamaban de esas siglas, y hasta un paralelo opositor, el constituido por la FIGA (Federación Ibérica de Grupos Anarquistas), algo así como una FAI para luchar contra la influencia de la FAI en la CNT. Los intentos de control de la organización por parte

²¹ Igual que en otra parte del texto hemos recordado que la historia de la CNT es en realidad la historia de unos momentos muy puntuales, cuando se ve a nivel local la reconstrucción cenetista en los setenta y ochenta se tropieza de nuevo con lo mismo: situaciones de efervescencia, presencia social e incremento afiliativo, que son seguidas de periodos de crisis e incluso cierre de locales, con reapertura al cabo de un tiempo, coincidiendo con la aparición de una persona carismática o de un grupo decidido que sirve como aglutinante. Otra vez, la continuidad organizativa y de presencia de la UGT, por ejemplo, está en las antípodas de esta realidad.

²² El primer secretario general, Juan Gómez Casas, ya declaraba en la primavera de 1977 que a la CNT estaba llegando «mucha gente procedente de grupos marxistas disconformes con los manejos de Comisiones Obreras». Y añadía: «Muchos de nuestros mejores militantes vienen del Partido Comunista de España y, ahora, son anarquistas convencidos» (*Sindicalismo*, n.º 17, abril de 1977). El final de la frase ilustra hasta qué punto espíritu misionero, cierta prepotencia y algún desprecio anticomunista estaban bien instalados en la CNT.

²³ Un reciente recuerdo de aquella asamblea fundacional, muy en la línea de una visión paranoica del desarrollo de los hechos, puede encontrarse en el artículo de MIQUEL DIDAC PIÑERO, «Veinte años de "Los Cincuenta de la FAI"», *Egin*, 25 de febrero de 1997.

de estos grupos anarquistas se iniciaron desde ese instante, reproduciendo una ambigua relación entre el sindicato y la organización específica que se remonta por lo menos al tiempo de la fundación de esta última en 1927. Este fue uno de los factores más oscuros y más negativos para el desarrollo de la CNT, no sólo por el efecto de opacidad en las decisiones o de manipulación, sino porque expulsó literalmente a los trabajadores de sus propios sindicatos, al introducirles en una dinámica que éstos no podían mantener fácilmente²⁴.

Anarquistas, anarcosindicalistas y globalistas

La heterogeneidad de procedencias dio lugar a un debate sobre el modelo de organización que por sí mismo resumió la complejidad en que se encontraba entonces la CNT. Ya se ha señalado cómo coincidieron en la misma bases obreras clásicas, tradiciones autonomistas, renovadores libertarios y jóvenes atraídos por una difusa ideología —la tesis revolucionaria vivió en esos tiempos unos años de gloria— y preocupados más por cuestiones vivenciales o (contra)culturales que clasistas o sindicales²⁵. Aparte de la dificultad de hacer convivir las culturas clásicas de la clase obrera con las de los contraculturales —un canuto era una cadena inaceptable para los militantes veteranos, una aberración para los trabajadores y una liberación para los jóvenes que lo consumían—, el modelo organizativo, como plasmación o materialización de esa complejidad, es lo que provocó mayores tensiones.

²⁴ Los *aparatchik* no faltaron en la CNT en cualquiera de sus niveles organizativos. La lucha por los comités fue en ese segundo lustro de los setenta un serio obstáculo para el crecimiento del sindicato. La mecánica participativa, finalmente, quedó secuestrada por esos sectores por medio de asambleas sindicales interminables para discutir las cuestiones más peregrinas, o de la instrumentalización de una mecánica orgánica aparentemente sencilla que se convertía en compleja al incluir normas no escritas, poco menos que de derecho consuetudinario, que se encargaba de comunicar a los afiliados el ortodoxo de turno. Una versión crítica de esa realidad en LUIS EDO MARTÍN, «20 años de un proyecto anarcosindicalista», pág. 22.

²⁵ En este punto hay que destacar la afortunada tipología y comentarios que hace JUAN GÓMEZ CASAS (*Relanzamiento de la CNT*, págs. 24-46). Distingue este autor los siguientes grupos o *cuasi-grupos*: Solidaridad y Grupos CNT, el aluvión juvenil antiautoritario, el pasotismo en estado puro, grupos radicales y autónomos, los veteranos, reformismo confederal y cincopuntismo, el consejismo, los integrales o globalistas, los renovados, «los apaches», los cristianos, los marxistas y la FAI. El artículo de FELIPE ORERO en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* («La crisis de la CNT, 1976-1979», págs.43-212) detalla también la presencia de todos esos grupos e incorpora perspectivas y elementos de análisis diferentes a los de Gómez Casas.

El modelo tradicional de la CNT, muy coherente con la herencia del sindicalismo revolucionario, se podría definir como de base sindical y socio-político. Esto es, la unidad básica de funcionamiento y agrupación es el sindicato, la dimensión principal de la organización es la sindical, y su proyección, sobre todo territorial, faculta a ésta para desarrollar su presencia en planos no sindicales: cuestiones de tipo social, político, cultural, etcétera. Semejante modelo se vio sucesivamente impugnado por dos vías diferentes: la de tipo consejista y la de tipo globalista (o anarco-comunista, como también se la ha llamado a veces).

En la primera confluyeron intuiciones autonomistas y formulaciones más trabadas debidas a autores como Pannekoek, Rosa Luxemburg o Castoriadis. Aparte de la procedencia más marxista que libertaria de ese discurso, lo fundamental es que veían al sindicato como un obstáculo para el eficaz e inevitable desarrollo de las potencialidades espontáneas de la clase obrera. El sindicato, como mucho, debía limitarse a estimular o potenciar la movilización de los trabajadores, pero en ningún caso había de plantearse una función dirigente o, siquiera, representativa. Ciertamente, algunos grupos llegaron a definir más su estrategia y visiones de futuro, pero, en general, todos coincidieron en una fórmula asamblearia que además contaba con la ventaja de ser la que habían utilizado los movimientos de fábrica o sector de los primeros años setenta, y la que mejor había representado lo que era la radicalidad obrera (movimientos como el de Vitoria, que desemboca en la matanza de marzo de 1976, o huelgas como las de Roca y otras)²⁶. La CNT, para ellos, debía disolverse en el marco de las asambleas y poner su organización y medios en cada fábrica al servicio de aquéllas. Este planteamiento alcanzaría altos vuelos dentro de la organización, no ya porque los auténticamente consejistas fuesen mayoría o multitud —que a ninguno de los dos calificativos respondían en realidad—, sino porque el confusionismo reinante era patente, porque el prematuro temor a las burocracias sindicales cobraba cada vez más adeptos, porque un asambleismo genérico servía de punto de coincidencia para todos los que se oponían en la organización al modelo de elecciones sindicales propuesto por el Estado y por los otros sindicatos, y porque, todavía, la idea de la unidad obrera en el marco de la asamblea gozaba de evidente salud (y más, entre las filas de la CNT). Así, el Pleno Nacional de Regionales del 3 y 4 de setiembre de 1977 —el máximo órgano entre con-

²⁶ Colectivo de Estudios por la Autonomía Obrera, *Luchas autónomas en la transición democrática*, 2 vols. Madrid 1977.

gresos—, ante «la necesidad de (desarrollar) una amplia campaña de información tendente a difundir los principios anarcosindicalistas entre los trabajadores», aprobó un documento en el que —consciente o inconscientemente— la CNT se apuntaba a una solución asamblearia, escasamente sindicalista y muy cercana a tesis consejistas. Las voces disidentes, sobre todo veteranas, aunque se dejaron oír lo hicieron con poco éxito inicial²⁷.

Por su parte, los globalistas o integrales hacían un análisis de la realidad muy anarquista y, sobre todo, muy anticipado a su tiempo (y por eso, en ese momento, fuera del tiempo). La explotación humana no acababa en el mundo del trabajo sino que se extendía a todas las manifestaciones sociales, políticas, económicas y culturales. Incluso se consideraba que éstas últimas eran de más calado y profundidad que la primera. El individuo explotado, y no el trabajador, constituía el sujeto histórico llamado a alterar el orden social. Consecuentemente, la CNT no podía limitarse al ámbito sindical, sino que debía extenderse a todo tipo de realidades. Lo sindical, entonces, quedaba como un ingrediente más dentro de una organización que diera respuestas a todo desde un organigrama especializado a su vez en todo tipo de frentes. Los sindicatos quedaban igualados como entidad a los colectivos ecologistas, feministas ..., que actuaran dentro de CNT en una localidad. Evidentemente, su percepción temprana de la explotación en múltiples ámbitos no estaba en consonancia con la centralidad que todavía en los años setenta seguía reteniendo el discurso clasista u obrerista, incluso en la CNT. La puesta en funcionamiento de esa CNT como coordinadora de grupos variopintos generó, allí donde se aplicó —sobre todo en localidades de Aragón—, una huida de los sectores obreros y sindicales. Además, suponía dinamitar la estructura orgánica tradicional de la Confederación e incluso la percepción que el sindicato había tenido de sí mismo como el espacio que articulaba y daba centralidad al resto de manifestaciones de protesta social.

Experiencias consejistas o globalistas, tanto da, y otras de otros tonos —nacionalistas en Euskadi en un primer momento, en torno a la revista *Askatasuna*—, resultaban expresión tanto de la indefinición en que se encontraba la CNT como de su incontrolada inclinación al de-

²⁷ Así lo hicieron, y en direcciones similares, dos veteranos pertenecientes a familias encontradas dentro de la organización: Ramón Alvarez (*Historia negra de una crisis libertaria* (págs. 328-331)) y Juan Gómez Casas (*Relanzamiento de la CNT*, págs. 94-96; el desarrollo y texto de acción sindical de aquel Pleno en págs. 84-88). Este último consideraba al consejismo como «una mala copia del anarcosindicalismo».

bate y a un revisionismo crítico que disparaba sobre lo incidental o secundario. Hasta las propias siglas CNT fueron puestas en cuestión, proponiéndose el cambio de «Nacional» por «Natural» o lucubraciones por el estilo. La crítica alcanzó inevitablemente un tono autodestructivo, de manera que revistas independientes de la CNT, pero que leían con fruición sus militantes, editaban monográficos bajo preguntas como «CNT, ser o no ser», «¿A dónde va la CNT?» o «¿Para qué la CNT?»²⁸.

No era ése el mejor ambiente para el entusiasmo confederal. Un sentido muy singular de la disciplina llevaba, por ejemplo, a no desarrollar campañas de afiliación, a pesar de ser éste otro de los acuerdos del Pleno de setiembre de 1977, a no afiliarse o a considerar la afiliación más o menos masiva como algo impropio de la CNT. Los debates cada vez se hicieron más internistas y más alambicados. Por último, la apuesta hecha por los diversos grupos anarquistas de ese momento —del anarquismo mismo en su expresión española— a favor de una organización como la CNT, suponía el riesgo —confirmado en el futuro— de que un fracaso de la CNT conllevara el fracaso del espectro libertario en este país.

Pero lo más negativo de ese estado de cosas es que mientras la organización subsistía con esquemas y estructuras diversas e improvisadas, voluntaristas, y mientras se sumergía en debates hilarantes, el mundo seguía girando y en el terreno sindical se instalaba poco a poco un esquema que no convenía a la CNT. Porque los anarcosindicalistas habían aprovechado en un primer momento la identificación de la CNT como «algo distinto». En esa ambigüedad cabía tanto la consideración de que ésta iba más lejos que otros sindicatos como el que la organiza-

²⁸ El primer título corresponde al monográfico de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* que vemos citando. El segundo lo es de un monográfico de la revista *Bicicleta*, que servía de cauce de expresión a las sensibilidades más renovadoras dentro de la CNT (entre las que se incluyen aquí a los globalistas). El último título corresponde al monográfico que a la organización dedicó el número 3 de la revista *Nada*, en invierno de 1979. Dirigida por Josep Alemany y Carlos Semprún Maura, es exponente perfecto de este tipo de publicaciones y de esas tendencias autodestructivas. En el número que reseñamos se incluían dos textos consejistas —un fragmento de Cornelius Castoriadis y otro de Benjamin Péret, original de 1952, titulado «Los sindicatos contra la revolución»—, otro de Semprún bajo el título de «La CNT como espejismo» y sendos de Alemany y Luis Andrés Edo, la «bestia negra» de los reformadores de la organización, diseccionando y descalificando el aún reciente *affaire* de los Grupos de Afinidad Anarcosindicalista. De lo más notable de ese número es un artículo firmado por un afiliado al Sindicato de Enseñanza de Barcelona —un tal «Tomás»; en realidad, el actual profesor de la Universidad Autónoma, Tomás Ibáñez—, donde explica las razones de su baja de la organización. El artículo lleva un título muy expresivo del «hara kiri» confederal: «La CNT tiene un brillante porvenir ... detrás de ella».

ción podía ser cauce original y alternativo para los entusiasmos revolucionarios, de cambio. Así, si, por ejemplo, la CNT no había participado en procesos de unidad táctica sindical en los años setenta, como la COS —formada por UGT, CCOO y USO—, esto le podía restar legitimidad ante la gran masa de trabajadores no ideologizados, pero, por el contrario, la hacía aparecer ante los más radicales como algo singular. El problema es que los entusiasmos revolucionarios fueron enfriándose conforme se asentaba lentamente el proceso político de transición a la democracia. La apuesta de la CNT se sostenía en tanto subsistiese ese entusiasmo, pero de fallar, y de no adaptarse al nuevo marco sindical y político que se establecía, la CNT entraría en una crisis irresoluble. Es lo que ocurrió.

«La CNT cabalga de nuevo» o el enemigo exterior

Aparte del «enemigo interno», del desbarajuste que era la CNT en aquel entonces —por mucho que fuera un desbarajuste de increíble vitalidad; «caos organizado», se le ha llamado a veces—, la amenaza de una CNT rediviva estimuló a las fuerzas del Estado a dificultar su progreso. Dificultades que no eran muy distintas de las que se ponían a otras organizaciones radicales, por mucho que la visión más ortodoxa —y paranoica— se haya jactado siempre —y utilizado como excusa conmisericordiosa— de aquellas palabras de Martín Villa, ministro del Interior, de que el anarquismo era más peligroso para el sistema que el terrorismo²⁹.

La CNT de la segunda mitad de los setenta sufrió una persecución policial que encontró su momento cumbre en el «affaire Scala»³⁰, pero que antes y después vino plagada de detenciones en diferentes localidades y de vinculaciones de miembros de la organización con actividades

²⁹ Se insiste de nuevo en el artículo de Miquel Didac, aparecido en *Egin* en febrero de 1997, como ejemplo magnífico de esa manera de interpretar la realidad.

³⁰ La cuestión remite al incendio de la sala de espectáculos «Scala» de Barcelona, en el que perdieron la vida cuatro trabajadores, algunos de ellos afiliados a la CNT (tradicionalmente mayoritaria en ese sector en la capital catalana). El incendio se produjo en el momento final de una manifestación convocada por la organización contra los Pactos de la Moncloa, y cuando los diez mil manifestantes se disolvían sin incidentes. Del atentado fueron culpabilizados varios militantes libertarios, que pasaron largo tiempo en la cárcel aunque alguno llegara a salir de la misma sin juicio. Mientras, el inductor (e infiltrado en el grupo), Joaquín Gambín, era buscado por la policía mientras estaba en prisión por otra causa. El asunto provocó una abundante literatura panfletaria de defensa de los detenidos y una gran campaña por parte de la CNT. Ver, por ejemplo, el folleto *Dossier Scala* editado por el Comité Nacional de la CNT y los Comités de apoyo (Madrid 1980).

violentas o delictivas. Aquellas palabras de «chorizos y anarquistas» del ministro, descalificando el surrealista asalto al Banco Central, en Barcelona, eran la punta de un iceberg al que no poco colaboró el marasmo interno de la CNT, dentro de la que circulaban sectores de una marginalidad presuntamente ideologizada y revolucionaria³¹, así como prototipos de grupos armados un tanto caseros (aunque algunos de ellos llegaran a conectar con cosas posiblemente más serias, como los Comandos Autónomos Anticapitalistas³²).

Por otra parte, el atractivo que ejercía lo marginal, contracultural, revolucionario e, incluso, violento en aquellos años, no permitió un análisis sosegado y realista de lo que podía haber dentro de cada cosa y de lo que podía haber y no haber dentro de la CNT. Así, localmente o en un plano general, como pasó con el caso Scala, la CNT sirvió consciente o inconscientemente de amparo a grupos que poco o nada le proporcionaban, salvo problemas que afectaban gravemente a su legitimación social ante la sociedad y los trabajadores, y a sus posibilidades de progreso. La CNT presentó en esos años un desarrollo «guadianesco», apareciendo y desapareciendo al calor o por mor de impulsos puntuales o de pinchazos o caídas que tenían que ver con el reflujó de los entusiasmos, con la derrota de alguna lucha interpretada como —casi todas— finalista, o, en muchos casos, con descréditos propiciados por ese tipo de sujetos o acciones delictivas que el Estado aprovechaba para castigar al todo por la parte.

Demasiado tarde

La historia de la reconstrucción de la CNT es una historia de cómo una organización llega tarde a casi todo. Llega tarde a su puesta al día con la realidad de esa sociedad radicalmente distinta, y llega tarde a

³¹ El culto que se hacía en la CNT por lo marginal, pero también la sensibilidad y atención puesta en realidades y grupos sociales que al cabo de veinte años generan un notable interés (algunos de los cuales constituyen «nuevos movimientos sociales»: mujeres, homosexuales, además de otros como presos, siquiátrizados, deficientes mentales, ...), pueden verse en JAVIER LÓPEZ LINAGE (coord.), *Grupos marginados y peligrosidad social*, Madrid 1977.

³² Un pequeño trabajo sobre esta organización ha sido publicado recientemente por el Centro Cultural «Félix Likiniano» de Bilbao (*Comandos Autónomos: un anticapitalismo iconoclasta*, Bilbao 1996). En diciembre de 1998, la misma editorial publicó *Komando Auonomoak: sasiaren arantzakada. Una historia anticapitalista*, una versión ampliada y complementaria del trabajo anterior, incluso acompañada de algunas referencias bibliográficas más sobre estos grupos.

cada uno de los temas que se le van planteando en el terreno socio-sindical (sobre todo, a afrontar con decisión y sin complejos la negociación colectiva y la representación sindical que deviene de las elecciones). El resultado es la entrada en una irrefrenable crisis a finales de la década de los setenta que estalla en el V.º Congreso de la Casa de Campo. Con todo, la escisión que sigue a ese comicio no hace sino sacar a la luz los déficits de la organización, y su importancia se incrementará a medida que dentro de la organización mayoritaria y oficial de la CNT se vayan desgajando nuevos grupos que acabarán reunificándose en una nueva entidad (la base de lo que luego sería la CGT³³).

Esa tardanza se traduce en pérdida de conexión con la base obrera, lo que incluso llega a tener expresión en los componentes actuales de la CGT, donde abundan o bien sectores ligados al anarcosindicalismo desde un principio y conectados a través de experiencias de lucha muy particulares (sería el caso de la banca), o nuevos sectores productivos característicos de los años ochenta (limpieza, por ejemplo), o incluso grupos vinculados a multinacionales o grandes empresas, donde fue más fácil retener una cierta afiliación a pesar de todo. Por el contrario, sectores productivos clásicos y pronto sindicalizados, como la construcción, la minería o el pequeño y mediano metal, brillan por su ausencia dentro del anarcosindicalismo actual y del de hace una década.

³³ Tras la salida de noventa delegaciones del V.º Congreso de la CNT, el celebrado en diciembre de 1979, un año después los escindidos celebraron un comicio en Valencia donde aprobaron su participación táctica en las elecciones sindicales y pasaron a identificarse como CNT-Congreso de Valencia. En 1983, el sector oficial de la CNT celebró en Barcelona (enero) y Torrejón (abril) un Congreso en dos partes. En la primera de ellas triunfaron los «aperturistas», encabezados por el anterior secretario general, José Bondía, y fue elegido para sucederle Antonio Pérez Canales. El éxito electoral de la CNT en las elecciones del metro barcelonés había abierto tanto una posibilidad como un motivo para la tensión interna. En la reunión de Torrejón, los sectores más inmovilistas bloquearon la toma de acuerdos más renovadores e imposibilitaron una evolución desde dentro de la CNT. Como consecuencia, se produjo un goteo de afiliados y sindicatos, bien percibido por los escindidos que en su congreso de ese año (Madrid, noviembre) hicieron un llamamiento a la unidad confederal «sin condiciones previas, sin vencedores ni vencidos». En 1984, en el Palacio de Congresos madrileño (junio-julio), se celebró un Congreso de Unificación al que acudieron los sindicatos de la CNT-Congreso de Valencia y los que habían ido apartándose de la CNT oficial (que a su vez se habían reunido en marzo en San Fernando (Madrid) para convocar ese congreso). José March Jou fue elegido secretario de la organización unificada, que en 1987 celebró un comicio ordinario en Madrid (el denominado X.º de la CNT). En 1989, una sentencia del Tribunal Supremo privó a ese sector de las siglas históricas, obligándole a adoptar en un Congreso Extraordinario (29 de abril) las de CGT (Confederación General del Trabajo).

Por otro lado, el anarcosindicalismo no se ve a sí mismo como un discurso que ha de atender a y proyectarse en una sociedad que no ha estudiado y que no ha percibido cómo ha cambiado. Su voluntarismo sempiterno (muy libertario, ¡eso sí!) y un historicismo que le lleva a reconstruir una organización más por mandato de la historia que por tener que ser un instrumento de emancipación para la sociedad a la que se dirige, tienen que ver con errores gravísimos que, entre otras cosas —hay autores que recurrentemente han anunciado la obsolescencia y falta de sentido actual del anarcosindicalismo—, han debilitado enormemente esa opción.

En su estudio sobre el sindicalismo revolucionario, Van der Linden y Thorpe plantean desde la perspectiva histórica una disyuntiva cruda, realista y pesimista para este movimiento. «El auge del Estado del bienestar —dicen— y las condiciones de la integración a largo plazo de los trabajadores en las economías capitalistas avanzadas, dejaban (...) solamente tres opciones, cada una de las cuales significaría finalmente su desaparición. Un movimiento podía:

1. mantener sus principios, en cuyo caso se convertiría inevitablemente en un movimiento totalmente marginal;
2. cambiar su rumbo en lo fundamental y adaptarse a las nuevas condiciones, en cuyo caso tendría que abandonar sus principios sindicalistas revolucionarios;
3. si ambas alternativas eran inaceptables, disgregarse, o lo que viene a ser lo mismo, fusionarse con una organización sindicalista no revolucionaria»³⁴.

El resultado final del proceso que vivió la CNT en la transición ha hecho que sus restos se debatan entre la primera y la segunda opción. En todo caso, lo ocurrido no era lo único que podía haber ocurrido. Entre diciembre de 1975 y diciembre de 1979, en los cuatro años que comprenden este periodo para esta organización, las correlaciones de fuerzas cambiaron a menudo. Como señala Torres Rayan³⁵, el mayor handicap de los renovadores radicó en su división interna y en la falta de un mínimo común denominador que les uniera. De hecho, si se van uniendo es porque los hechos se les echan encima, y no tienen otra opción que agrupar fuerzas ante sus sucesivas derrotas. Como ejemplo, el

³⁴ MARCEL VAN DER LINDEN y WAYNE THORPE, «Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario», pág. 27.

³⁵ MARGARET TORRES RAYAN, «El anarquismo viejo y nuevo», pág. 657.

conglomerado de sindicatos que abandonan el V.º Congreso: una mezcla de sindicalistas, de globalistas y de castigados por el denominado «exilio-FAI». También operó en su contra el hecho de que sus opositores emitieron un discurso muy cerrado y sectario, antipolítico y antiestatista, que a pesar de todo conectó muy bien con una nueva afiliación, joven, poco experimentada y predispuesta a un ultraradicalismo que tanto tenía que ver con su lectura falseada de la historia como con las posibilidades de cambio que una parte de la población alumbró en los años 1976 y 1977. Hechos y respuestas a hechos como el asunto Scala o el asesinato en la cárcel de Agustín Rueda, en 1978, reavivaron unas reacciones que desplazaban al sector más pragmático y sindicalista de la organización³⁶. En determinados momentos³⁷ los llamados renovadores tuvieron en sus manos resortes de poder importantes y mayorías significadas, como cuando el Comité Nacional se llevó a Barcelona bajo la dirección de Enrique Marcos Batllé (en abril de 1978). Sin embargo, el sector más tradicional movió sus hilos —y a veces más que hilos— con más eficacia, conectando con una sensibilidad muy presente en la organización y muy típica de esos años. Una sensibilidad que depositaba escasas confianzas e interés en levantar un sindicato clásico y que prefería emborracharse con el «todo es posible» que parecía gobernar ese tiempo. La propia dinámica de la CNT, históricamente demostrada, reacia al juego formal de mayorías y minorías, hacía que la aplicación de los acuerdos descansara más en la disposición de determinados militantes en los niveles locales. Sintéticamente, si los renovadores operaban desde los grandes sindicatos, los contrarios lo hicieron desde las bases locales de una organización muy extendida territorialmente. Incluso el sistema de votación en congresos y plenos primaba esa segunda realidad. Cuando los renovadores estuvieron en condiciones de cambiar las cosas, en 1978, el desencanto y la crisis —y con ello el paro y un movimiento obrero ya a la defensiva— se convir-

³⁶ Salvando las evidentes distancias, pasaría algo parecido a la Segunda República, donde los sectores más radicalizados se ven en parte empujados y reforzados en su actitud por la relación contradictoria y excluyente que el sistema tiene respecto de la CNT. Julián Casanova lo ha explicado muy bien en *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España*.

³⁷ Margaret Torres, en el artículo que venimos citando, hace un desarrollo cronológico de los avatares porque pasó la CNT y de la confrontación entre sus dos grandes sectores. Al tratarse de un texto todavía reciente, no superado por otras investigaciones posteriores, y al coincidir en sus apreciaciones básicas con lo que nosotros estamos planteando, remitimos al mismo en lo que hace a una visión cronológica de los hechos y mantenemos el tipo de análisis más genérico que hemos empleado aquí.

tieron en los factores más relevantes, y entonces ya no fue posible. La opción del radicalismo antisistema, marginal, se impuso en la CNT, y quedó para las sucesivas escisiones y para su agrupación posterior la posibilidad de jugar en la segunda de las opciones: cambiar en lo fundamental en la práctica —a pesar de seguir reclamando la historia— para adaptarse a la nueva realidad social.